

## HECHICEROS Y APRENDICES DE BRUJO

*Oscar Oszlak*

*Primero fueron los discursos de Michel Camdessus, previniendo a los gobiernos sobre el riesgo de confiar ciegamente en el mercado y, más tarde, poniendo por delante del ajuste los problemas de la gobernabilidad y la equidad. Y en 1997, fue el Informe Anual del Banco Mundial, en el que el estado reaparecía como pieza central para el logro de los equilibrios sociales en un sentido amplio.*

*Pensé entonces en todos estos años en que los disciplinados discípulos locales habían observado ciegamente los mandamientos macroeconómicos formulados desde un centro que siempre se negó a aplicarse sus propias recetas, y en el borrón y cuenta nueva que ahora propiciaban para recolocar a un estado desmantelado y ausente como actor fundamental de las reformas socioeconómicas pendientes. Y decidí escribir estas notas -periodísticamente aún inéditas- para subrayar una absurda paradoja: que el neoconservadorismo central, mentor ideológico de un "modelo" que ha concentrado el poder económico y ensanchado la brecha social, siempre se las ingenia para quedar a la izquierda de sus fieles seguidores locales.*

Pocos pondrían en duda el creciente poder que ejercen los organismos financieros internacionales sobre los procesos que, en el plano nacional, dan contenido a las relaciones entre el estado, el mercado y la sociedad civil. Existe coincidencia en que los resultados de la actividad de instituciones como el Fondo Monetario Internacional o el Banco Mundial no deben medirse sólo a partir del volumen de préstamos o facilidades que otorgan. Su poder sobre los gobiernos de los países en desarrollo depende sólo marginalmente de su aporte financiero.

En cambio, las condicionalidades que acompañan esos préstamos constituyen, de hecho, la forma más importante de su actividad. Lo decisivo es su capacidad para incidir en las relaciones económicas internacionales. Por ejemplo, vinculando el acceso al mercado de capitales a la firma de acuerdos previos con el FMI o el Banco Mundial, que imponen, en definitiva, la política económica y los parámetros de la relación estado-sociedad. Como observa Coraggio, esto otorga a los gobiernos que controlan estos organismos -por ejemplo, los Estados Unidos o Japón- un gran poder con muy bajos costos.

En la actualidad, el volumen de los préstamos internacionales ha alcanzado un peso considerable en la composición de la deuda externa de los países, que en algunos casos -como en la Argentina- sigue creciendo persistentemente.<sup>1</sup> Inicialmente, este financiamiento se orientó a apoyar las políticas de ajuste estructural y estabilización

---

<sup>1</sup> En nuestro país, la deuda pública ha alcanzado los 100.000 millones de dólares, lo cual implica un crecimiento de casi el 50% desde la instalación de la administración Menem. Una parte no despreciable de ese crecimiento se explica por el endeudamiento contraído con el Banco Mundial y el BID, a través de préstamos que han tendido a cubrir prácticamente la totalidad de las áreas de gestión estatal, en los niveles nacional y subnacionales.

encaradas por los países receptores. A través de las condicionalidades y exigencias de los préstamos -que incluían y siguen incluyendo centralmente la intervención de los organismos financieros internacionales en la evaluación de los contenidos y orientaciones de las políticas macroeconómicas y los proyectos financiados- se fueron transmitiendo e imponiendo recetas y fórmulas cuyo efecto comparativo fue una creciente homogeneización de las políticas nacionales de los países "beneficiarios" de los créditos. Esta influencia no se limitó al dominio de los estados nacionales; también se expandió a los ámbitos subnacionales, a medida que la capacidad del estado nacional se veía restringida por las condicionalidades externas y avanzaban los procesos de descentralización..

Las preocupaciones más recientes de los organismos internacionales se trasladaron al fortalecimiento institucional en los diversos niveles de gobierno. La práctica del ajuste comenzó a señalar al entorno político como la principal fuente de obstáculos para un cambio económico sostenido. El tema del diseño institucional adecuado comenzó a ocupar un lugar más destacado en los análisis de política económica, reflejando en un lenguaje prescriptivo el debate intelectual sobre la relación entre política y economía.

Frischtak observa, sin embargo, que las instituciones financieras internacionales que habían comenzado vendiendo un paquete de recetas para obtener nuevos préstamos, corrieron el riesgo de excederse de su propia agenda. Más allá del control y de la capacidad objetiva de estas instituciones, sus recetas parecían cuestionar, implícitamente, tanto el modelo de desarrollo como la propia naturaleza del sistema político de países soberanos, lo cual excede claramente la experiencia técnica y el mandato de esas instituciones internacionales.

Debe admitirse, sin embargo, que las mismas jugaron casi siempre un papel anticipador de las posibles consecuencias negativas derivadas de la aplicación de sus propias recetas, al efectuar oportunamente los ajustes o virajes ideológicos necesarios. Ello no siempre se tradujo en la inmediata corrección de las políticas adoptadas por los gobiernos, dado el efecto inercial de las políticas ya adoptadas o la dificultad para reorientar los proyectos con financiamiento externo en curso. Tal vez por ello resulta a veces paradójico que el supuesto discurso oficial de esos organismos se vea de pronto desmentido por las expresiones retóricas de sus voceros, cuyas manifestaciones públicas parecen contradecir de plano aquél discurso.

En los últimos años, tanto los discursos públicos de los presidentes del FMI y el Banco Mundial como sus influyentes informes, expresan sucesivos desplazamientos argumentativos, en los que se advierte una creciente toma de conciencia acerca de los riesgos de persistir en determinadas líneas de política sin adoptar apropiados recaudos. Paradójicamente, estos periódicos cambios en los contenidos ideológicos del discurso oficial de las instituciones responsables del orden financiero internacional, las coloca siempre "a la izquierda" de sus aplicados émulos locales.

Me atrevería a sostener que en este travestismo discursivo puede advertirse una secuencia en la que los organismos internacionales han trasladado el énfasis desde los problemas vinculados con el "rol apropiado" del estado nacional en el **plano funcional** a los creados en el **plano del poder**, para colocar el acento, finalmente, en la problemática social generada alrededor del **plano material** o de la justicia distributiva. Ajuste y estabilización, ligados a un estado igualmente ajustado y desvestido de funciones transferibles; gobernabilidad, sustentada en un aparato estatal con capacidad institucional para velar por los equilibrios macroeconómicos y promover el desarrollo; y una red de contención social, basada en programas focalizados y asistenciales, parecen dar contenido a las fórmulas que aquéllos organismos fueron proponiendo sucesivamente a sus países deudores.

A menudo, los organismos multilaterales de crédito no han tomado en cuenta a tiempo las consecuencias sociales y políticas de sus programas. Debe reconocerse, sin embargo, que los cambios de rumbo, por lo general tardíos, en la orientación de esos programas, han representado muchas veces una saludable reacción frente a la ciega obcecación de los gurúes y aprendices de brujo locales, esmerados en superar -en su aplicación práctica- las fórmulas de los hechiceros mayores